

de Canalis, en la cual le preguntaba, en interés del gran poeta, si Canalis era ó no casado; y después le rogaba que dirigiese la respuesta á la señorita Francisca, lista de correos, en el Havre. Dauriat, incapaz de tomar esta epístola en serio, respondió á ella con una carta hecha en su despacho entre cinco ó seis periodistas, los cuales pusieron en ella sendos epigramas. Decía así:

«Señorita: Canalis (barón de) Constantino Cyr Melchor, miembro de la Academia francesa, nacido en 1800 en Canalis (Correze), estatura cinco pies y cuatro pulgadas, en muy buen estado, vacunado, de raza pura, está libre de quintas, goza de perfecta salud, posee una pequeña tierra patrimonial en Correze y desea casarse, pero con una mujer riquísima.

»Lleva la mitad de gules, con la banda de oro, y la otra mitad de sable con una concha de plata, rematada en corona de barón y por soportes dos aleces de sinople. La divisa: ORO Y HIERRO, no fué nunca aurífera.

»El primer Canalis, que partió para tierra santa cuando la primera cruzada, se ve citado en las crónicas de Auvernia por haberse armado únicamente de un hacha, á causa de la completa indigencia en que se encontraba, indigencia que pesa aún desde entonces sobre su raza. De aquí proviene sin duda su escudo. El hacha no dió más que una concha. Por otra parte, este barón es célebre hoy por haber derrotado á muchos infieles, y murió en Jerusalén, en la carretera de Ascalón, sin oro ni hierro y desnudo como un gusano, pues las ambulancias no existían aún en aquella época.

»El palacio de Canalis, cuyas tierras producen algunas castañas, consiste en dos torres desmanteladas unidas por un cuerpo de muralla, notable por su admirable yedra, y paga veintidós francos de contribución.

»El editor infrascrito hace observar que paga diez mil francos al señor Canalis por cada volumen de

poesías, el cual se hace pagar caros sus servicios.

»El vate de Correze vive en la calle del Paraíso, número 29, la cual está situada en un barrio apropiado para un poeta de la escuela angélica.

»Algunas encopetadas señoras del arrabal Saint-Germain dícese que toman á veces el camino del Paraíso y protegen al Dios de éste. El rey Carlos X considera á este gran poeta hasta el punto de creerle capaz de llegar á ser un gran político; le ha nombrado recientemente oficial de la Legión de Honor, y lo que es más aún, relator del consejo de Estado agregado al ministerio de negocios extranjeros. Este cargo no impide para nada al gran hombre el percibir una pensión de tres mil francos de los fondos destinados á proteger á las artes y á las letras. Esta abundancia de dinero es para los libreros una octava plaga de la que se vió libre el Egipto: ¡los versos! (*les vers*) (1).

»La última edición de las obras de Canalis, publicada en papel vitela, con viñetas de Bixiou, José Bridau, Schinner, Sommervieux, etc., é impresa por Didot, consta de cinco volúmenes y se envía por correo al precio de nueve francos.»

Esta carta cayó como un chubasco en medio de una fiesta. Un poeta relator del consejo de Estado, que cobraba una pensión, que aspiraba á la roseta roja, que se veía adulado por las mujeres del arrabal Saint-Germain, ¿en qué se parecía al poeta derrotado que marchaba solitario, triste y pensativo por las calles, sucumbiendo bajo el peso del trabajo y volviendo á su buhardilla cargado de poesía? Sin embargo, Modesta adivinó la burla del librero envidioso que decía:

—¡Yo he hecho á Canalis! ¡yo he hecho á Nathán!

Por otra parte, volvió á leer las poesías de Canalis,

(1) Para comprender la gracia que encierra este dicho, es preciso saber que *vers* tiene en francés dos significaciones: significa versos y significa gusanos.—(N. del T.)

versos excesivamente engañosos, llenos de hipocresía y que exigen un pequeño análisis, aunque sólo sea para explicar la exagerada admiración de que era objeto el autor.

Canalis se distingue de Lamartine, jefe de la escuela angélica, por una zalamería de enfermero, por una páfida dulzura, por una corrección deliciosa. Si el jefe de los gritos sublimes es un águila, Canalis, blanco y rosáceo, es una especie de flamenco. En él, las mujeres ven al amigo que les falta, al confidente secreto, á su intérprete, á un ser que las comprende y que puede darles la explicación de sí mismas. Los grandes márgenes dejados por Dauriat en la última edición estaban cargados de confesiones escritas con lápiz por Modesta, que simpatizaba con aquella alma soñadora y tierna. Canalis no posee el don de vida, no da realidad á sus creaciones, pero sabe calmar los sufrimientos vagos semejantes á los que asaltaban á Modesta; habla á las jóvenes en su lenguaje y adormece el dolor de las heridas más sangrientas, haciendo cesar los gemidos y hasta los sollozos. Su talento no consiste en dar sabios consejos á las enfermas ni en darles remedio para sus emociones, sino que se contenta con decirles con voz armoniosa, á la que aquéllas dan generalmente fe:

— Yo soy desgraciado como vosotras, yo os comprendo perfectamente; venid á mí, lloremos juntos á orillas de este arroyo, bajo los sauces.

Y se va uno con él y escucha con gusto su poesía vacía y sonora como el canto con que las nodrizas duermen á los niños. Canalis, al igual que Nodier en este punto, os hechiza con una sencillez natural en el prosista y rebuscada en Canalis, con su finura, con su sonrisa, con una filosofía infantil, é imita perfectamente el lenguaje de la infancia para llevaros á la pradera de las ilusiones. Se suele ser implacable con las águilas, á las que se les exige las cualidades del amante y una perfección incorruptible; pero á Canalis

se le exige poco y se le pasa todo, porque parece un buen muchacho. Estos ensayos de poeta angélico le salen bien, como saldrán siempre los de la mujer que finge ingenuidad, sorpresa, juventud y que se hace la víctima y el ángel herido. Modesta, al renovar sus impresiones, tuvo confianza en aquella alma y en aquella fisonomía tan agradable como la de Bernardino de Saint-Pierre. Modesta no dió, pues, oídos al librero, y á principios del mes de agosto escribió la siguiente carta á aquel Dorat de sacristía que pasa aún por una de las estrellas de la pléyade moderna.

I

AL SEÑOR DE CANALIS

«Caballero: Hace ya mucho tiempo que pensaba escribirle, y ¿para qué? Supongo que lo adivinará usted: para decirle lo mucho que admiro su talento. Sí, experimento la necesidad de expresarle la admiración de una infeliz provinciana, solita en su rincón, y cuya única dicha consiste en leer sus poesías. De René he llegado hasta usted. La melancolía conduce al sueño. ¡Cuántas mujeres más no le habrán enviado el homenaje de sus pensamientos secretos!... ¿Qué probabilidades tengo yo de ser distinguida de esa multitud? ¿Qué más tiene este papel lleno de mi alma que todas las cartas perfumadas que fastidian á usted á diario? Me presento con más molestias que ninguna, puesto que quiero permanecer desconocida y exijo una completa confianza, como si usted me conociese hace ya tiempo.

»Contésteme, sea bueno para mí. No me comprometo á darme á conocer algún día, pero tampoco me niego absolutamente á ello. ¿Qué puedo añadir á esta carta?... Vea usted en ella, caballero, un gran esfuerzo

y permítame que le tienda la mano, ¡oh! una mano muy amiga, la de

»Su servidora,

»O. DESTA M.

»Si tiene usted la amabilidad de contestarme, le ruego que dirija su carta á la señorita F. Cochet, lista de correos, Havre.»

Ahora, todas las jóvenes, románticas ó no, podrán imaginarse la impaciencia en que vivió Modesta durante algunos días. El aire estuvo para ella lleno de lenguas de fuego, los árboles le parecieron un plumaje, se sintió espíritu, y se cernió sobre la naturaleza. La tierra se hundía bajo sus pies, y admirando la institución del correo, siguió á su hoja de papel por el espacio y se sintió feliz, como se es feliz á los veinte años al llevar á la práctica el primer impulso de los caprichos. Modesta creyó estar en la habitación, en el despacho del poeta, y creyó verle abriendo su carta y haciendo hipótesis á millares. Después de haber hecho un análisis de la poesía, se hace necesario aquí hacer el perfil del poeta.

Canalis es un hombrecito seco, de porte aristocrático, moreno y dotado de una cabecita pequeña como la de todos los hombres que tienen más vanidad que orgullo. Gusta del lujo, del esplendor y de la grandeza. La fortuna es una necesidad para él más que para ningún otro. Orgullosa de su nobleza tanto como de su talento, eclipsó á sus antepasados con sus pretensiones actuales. Después de todo, los Canalis no son ni los Grandlieu, ni los Navarreins, ni los Cadignán, ni los Negrepelisse. Y sin embargo, la naturaleza ha favorecido sus pretensiones: tiene unos ojos con ese brillo oriental que se exige á los poetas, una finura bastante graciosa en sus modales y una voz vibrante; pero un charlatanismo natural destruye casi todas estas ventajas. Es comediante de buena fe. Si

procura ostentar su elegantísimo pie, lo hace ya por costumbre; si usa fórmulas declamatorias, no son imitadas, y si se coloca en actitud dramática, es porque ha hecho de sus modales una segunda naturaleza. Estas especies de defectos concuerdan con una generosidad constante y con lo que es preciso llamar *paladinería*, en oposición con la *caballería*. Canalis no tiene bastante fe para ser Don Quijote; pero tiene bastante elevación para colocarse en todas las cuestiones en la parte más ventajosa. La poesía, prodigada demasiado por él, perjudica mucho á este poeta, el cual no carece de gracia, si bien su talento le impide desplegarla. Canalis está dominado por su reputación é intenta aparecer más grande de lo que es en realidad. Como ocurre frecuentemente, el hombre está en desacuerdo completo con los productos de su pensamiento. Aquellas estrofas zalameras, sencillas, llenas de ternura; aquellos versos dulces, puros como el hielo de los lagos; aquella cariñosa poesía femenina tiene por autor á un ambiciosillo, empaquetado en su frac, de aspecto diplomático, que sueña con una influencia política, aristócrata hasta apestar, perfumado, pretencioso, y que tiene sed de una fortuna á fin de poseer la renta necesaria para su ambición, minada ya por el éxito bajo su doble forma: la corona de laurel y la de mirto. Un empleo de ocho mil francos, tres mil de pensión, los dos mil de la Academia y los mil escudos de la renta patrimonial, un tanto disminuidos por las necesidades agronómicas de la tierra de Canalis, forman un total de quince mil francos fijos, los cuales, sumados con los diez mil francos que le daba un año con otro la poesía, formaban un total de veinticinco mil francos. Para el héroe de Modesta, esta suma constituía entonces una suma tanto más precaria, cuanto que gastaba unos cinco ó seis mil francos más de lo que ganaba; pero la bolsa del rey y los fondos secretos del ministerio habían cubierto hasta entonces estos déficits. Para la consagra-

ción de este rey compuso un himno que le valió un servicio completo de mesa de plata, pues se negó á aceptar ninguna cantidad, diciendo que los Canalis debían su homenaje al rey de Francia. El rey caballero se sonrió, y mandó á la casa Adiot que tirase una costosa edición de los versos de *Zaire*.

Desde aquella época, Canalis, según la gráfica expresión de los periodistas, había vaciado el saco, se sentía incapaz de inventar una nueva forma de poesía, su lira no poseía ya siete cuerdas, sino una sola, y, á fuerza de usarla, el público le ponía en la alternativa de callarse ó de servirse de ella para ahorcarse. De Marsay, que no quería nada á Canalis, se había permitido una broma cuya venenosa saeta había herido al poeta en lo más vivo.

—Canalis—dijo una vez de Marsay—me hace el efecto del hombre más valeroso señalado por el gran Federico después de la batalla, *aquel trompeta que no había cesado de tocar el mismo aire con su trompeta*.

Canalis quiso llegar á ser político, y para estrenarse sacó partido del viaje que había hecho á Madrid cuando la embajada del duque de Chaulieu, en calidad de *agregado*, pero agregado á la duquesa de Chaulieu, según se decía al menos á la sazón en los salones. ¡Cuántas veces no decide una palabra de la vida de un hombre? El antiguo presidente de la república cisalpina, el mejor abogado del Piamonte, Colla, oye á los cuarenta años á un amigo que le dice que no entiende una palabra de botánica, y se pica, se convierte en un Jussieu, cultiva las flores, inventa algunas y publica la *Flora del Piamonte* en latín, que fué una obra de diez años.

—Después de todo, Caning y Chateaubriand son políticos—se dijo el poeta agotado,—y me parece que aun podré darle alguna lección á de Marsay.

Canalis hubiera querido publicar una gran obra política, pero temió comprometerse con la prosa fran-

cesa, cuyas exigencias son crueles para los que contraen la costumbre de expresar una idea en cuatro alejandrinos. De todos los poetas de aquel tiempo, tres únicamente, á saber, Hugo, Teófilo Gautier y de Vigny, pudieron lograr la doble honra de poeta y de prosista, la cual reunieron también Racine y Voltaire, Moliere y Rabelais, siendo ésta una de las distinciones más raras de la literatura francesa, que debe hacer sobresalir á un poeta de los demás. De modo que el vate del arrabal Saint-Germain obraba cuerdamente al procurar albergarse bajo el techo protector del Estado. Al ser nombrado relator del consejo de Estado, experimentó la necesidad de tener un secretario, un amigo que pudiese reemplazarle en muchas ocasiones, entenderse con los libreros, cuidar de su gloria en los periódicos, y, en caso de necesidad, ayudarle en política y ser, en una palabra, el instrumento ciego de su voluntad. Muchos hombres célebres en las ciencias, en las artes y en las letras tienen en París uno ó dos caudatarios, un capitán del ejército ó un chambelán que viven bajo su amparo, especie de ayudantes de campo encargados de las misiones delicadas, que se dejan comprometer en caso necesario; que trabajan al pie del pedestal del ídolo, sin ser ni sus criados ni sus iguales; atrevidos para hacer propagandas; los primeros en aparecer en la brecha, defendiendo la retirada, ocupándose de los negocios, y adictos y fieles mientras duran sus ilusiones ó hasta el momento en que sus deseos se ven colmados. Algunos reconocen ingratitude en su gran hombre, otros se creen explotados, los hay que se cansan de este oficio, y no falta quien se contenta con esa grata igualdad de sentimientos, único precio que se debe buscar en la intimidad de un hombre superior y con el cual se contentaba Ali, elevado por Mahoma hasta él. Muchos, engañados por su amor propio, se creen tan capaces como su gran hombre. La abnegación es rara, y sobre todo sin sueldo y sin esperanzas, como la concebía

Modesta. Sin embargo, no faltan Menevales, y en París menos que en ninguna otra parte, hombres que gustan de una vida obscura, de un trabajo tranquilo, y benedictinos sin monasterio desparramados por nuestra sociedad como ovejas descarriadas. Estos valerosos corderos llevan en sus actos y en su vida íntima la poesía que los escritores expresan. Son poetas por el corazón, por sus calladas meditaciones y por su ternura, como otros lo son en el papel, en los campos de la inteligencia y á tanto el verso, como lord Byron, como todos los que viven, ¡ay de mí! de su tinta, que es el agua de Hipocrenes (1) de hoy, por culpa de los gobiernos.

Atraído por la gloria de Canalis y por el porvenir prometido á esta pretendida inteligencia política, y aconsejado por la señora de Espard, que no hizo más que favorecer con esto los planes de la duquesa de Chaulieu, un joven consejero refrendario en el tribunal de cuentas, se constituyó en benévolo secretario del poeta y fué acariciado por éste con el mismo cuidado que emplea un especulador en acariciar á su primer socio capitalista. Las primicias de este compañerismo tuvieron bastante semejanza con la amistad. Este joven había hecho ya una campaña de este género al lado de uno de los ministros caídos el año 1827. Pero el ministro había tenido el cuidado de colocarlo en el tribunal de cuentas. Ernesto de La Briere, joven que contaba á la sazón veintisiete años, condecorado con la cruz de la Legión de Honor, sin más fortuna que su sueldo, conocía la marcha de los negocios y sabía mucho por haber ocupado durante cuatro años el despacho del principal ministerio. Simpático, amable, dotado de un corazón casi púdico y lleno de buenos sentimientos, sentía repugnancia por los primeros puestos, amaba á su país y quería ser útil, pero el es-

(1) Fuente de Beocia que el caballo Pegaso hizo brotar del Helicón, dando una patada en la roca, y que estaba consagrada á las musas.—*(N. del T.)*

plendor le deslumbraba. Si le hubiesen dejado escoger, hubiera preferido la plaza de secretario de un Napoleón que la de primer ministro. Ernesto, habiéndose hecho amigo de Canalis, hizo grandes trabajos para él; pero, en diez y ocho meses, reconoció la sequedad de aquella naturaleza tan poética para la expresión literaria únicamente. La verdad de aquel proverbio tan popular *El hábito no hace al monje*, puede aplicarse más que á nada á la literatura. Es extraordinariamente raro encontrar concordancia entre el talento y el carácter. Las facultades no son el resumen del hombre. Esta separación, cuyos fenómenos asombran, proviene de un misterio inexplorado y acaso inexplorable. El cerebro, ó mejor dicho, la mano del hombre no hace más que obedecer á la cabeza—son un mundo aparte que florece bajo el cráneo, en completa independencia de los sentimientos y de lo que se llama las virtudes del ciudadano, del padre de familia, del hombre privado. Sin embargo, esto no es absoluto. Nada es absoluto en el hombre. Es cierto que el crapuloso disipará su talento en las orgías, que el bebedor lo gastará en sus libaciones, sin que el hombre virtuoso pueda adquirir talento con una vida higiénica y honrada; pero también está casi probado que Virgilio, el pintor del amor, no amó nunca á ninguna Didón, y que Rousseau, el ciudadano modelo, tenía un orgullo capaz de asustar á toda una aristocracia. No obstante, Miguel Ángel y Rafael ofrecieron el feliz acuerdo del genio y de la forma de carácter. El talento en los hombres es, pues, poco más ó menos, en la parte moral, lo que la belleza en las mujeres: una promesa. Admiraremos dos veces al hombre cuyo corazón y carácter igualen en perfección al talento. Al encontrar en el poeta á un egoísta ambicioso, que es la peor especie de egoísmo, Ernesto experimentó no sé qué pudor en abandonarle. Las almas buenas no rompen fácilmente los compromisos que ellas mismas se han impuesto

voluntariamente. El secretario se llevaba, pues, perfectamente con el poeta, cuando la carta de Modesta corría ya hacia París; pero se llevaban bien gracias á que Ernesto practicaba aquel principio de que cuando uno quiere, dos no riñen. La Briere no olvidaba la franqueza con que Canalis había obrado con él, y, por otra parte, en este hombre, que será tenido por grande durante toda su vida y que fué festejado como lo fué Marmontel, las faltas son el reverso de sus cualidades brillantes. Sin su vanidad, sin su pretensión, acaso no hubiese estado dotado de aquella dicción sonora, instrumento necesario para la vida política actual. Su sequedad lindaba con la rectitud y con la lealtad. Su ostentación estaba disimulada por su generosidad. Los resultados aprovechan á la sociedad, los motivos sólo importan á Dios. Pero, cuando la carta de Modesta llegó, Ernesto conocía perfectamente á Canalis. Los dos amigos acababan de almorzar juntos y hablaban en el despacho del poeta, que ocupaba á la sazón en el fondo del patio una habitación que daba al jardín.

—¡Oh!—exclamó Canalis,—ya se lo decía yo el otro día á la duquesa de Chaulieu: debo publicar algún nuevo poema, la admiración disminuye, pues hace ya algún tiempo que no he recibido cartas anónimas.

—¡Una desconocida!—preguntó La Briere.

—Sí, una desconocida, una tal Desta, del Havre. Este nombre es evidentemente un pseudónimo.

Y Canalis dió la carta á La Briere. Aquel poema, aquella exaltación oculta, en una palabra, el corazón de Modesta encerrado en aquel papel, fué entregado por el poeta á Ernesto indiferentemente y con un gesto de fatuo.

—¡Qué hermoso es—exclamó el refrendario,—atraer de este modo hacia uno los sentimientos más púdicos, obligar á una mujer á salir de la vía que le marcan la educación, la naturaleza y el mundo, y á faltar á las conveniencias!... ¡Qué privilegio tiene el genio! Una

carta como esta, escrita por una joven, una verdadera señorita, sin cálculo alguno, con entusiasmo...

—¿Y qué?—dijo Canalis.

—¡Que aunque se haya sufrido tanto como Tasso, un acto de estos lo recompensa todo!—exclamó La Briere.

—Querido mío, se dice eso á la primera y á la segunda carta,—dijo Canalis.—Pero cuando se llega á la trigésima... cuando se ha encontrado uno con que la joven entusiasta es una mujer corrida; cuando al final de la vía que la exaltación del poeta recorre se encuentra uno con una vieja inglesa que le tiende la mano sentada en un poyo... cuando el ángel de la carta se transforma en una pobre joven medianamente hermosa que busca marido... ¡oh! entonces la efervescencia se calma.

—Empiezo á creer—dijo La Briere sonriendo,—que la gloria, como algunas flores brillantes, tiene algo de venenoso.

—Además, amigo mío—repuso Canalis,—todas estas mujeres, aunque sean sinceras, tienen un ideal, y es muy raro que uno responda á sus pretensiones. Nunca creen que el poeta pueda ser hombre vanidoso, como yo estoy tachado de serlo. No se imaginan lo que es un hombre agriado por una especie de agitación febril que lo vuelve desagradable y caprichoso, quieren verle siempre grande, hermoso; nunca piensan que el talento es una enfermedad, que Nathán vive con Florina, que de Arthez es demasiado gordo, que José Bridau es demasiado delgado, que Beranger parece bien, visto á pie, y que el ídolo pueda tener pituita. Un Luciano de Rubempré, poeta y guapo, es un fénix; ¿por qué, pues, ir á buscar decepciones y á recibir las frías duchas que le aplica á uno la mirada atónita de una mujer desilusionada?

—Entonces el verdadero poeta—dijo La Briere,—debe permanecer escondido como Dios en el centro de sus mundos, no ser visible más que para sus creaciones...

—No, porque entonces la gloria costaría demasiado cara,—repuso Canalis.—La vida tiene su parte buena. Mira—añadió tomando una taza de te,—cuando una mujer noble y hermosa ama á un poeta, no se esconde en las bolsas, ni en los palcos del teatro como una duquesa enamorada de un actor, sino que se siente bastante fuerte y bastante guardada por su belleza, por su fortuna y por su nombre para decir como en todos los poemas épicos: *Yo soy la ninfa Calipso, amante de Telémaco*. El disfraz es el recurso de las almas pequeñas. Hace ya algún tiempo que no contesto á las más caras.

—¡Ah! ¡cuánto amaría yo á una mujer que se dirigiese á mí!—exclamó La Briere conteniendo una lágrima.—Mi querido Canalis, se te puede responder que una pobre joven no fijó sus miradas en el hombre célebre, porque generalmente tiene demasiada desconfianza, demasiada vanidad y demasiado temor: la que tal hace tiene que ser siempre una estrella, una...

—Sí, una princesa que desciende hasta él, ¿verdad?—exclamó Canalis soltando una carcajada.—Querido mío, eso se ve una vez en cien años. Un amor semejante es como esa planta que florece cada siglo... Las princesas jóvenes, ricas y hermosas están demasiado ocupadas y rodeadas, como todas las plantas raras, de un seto de necios é hidalgos bien educados, vacíos como saucos. ¡Ay de mí! mi sueño, el prisma de mi sueño labrado con inmenso fervor de Correze aquí (y no hablemos de ello), hace ya mucho tiempo que yace roto á mis pies en mil pedazos... No, no, toda carta anónima procede de alguna mendigante. ¡Y qué exigencias! Escríbele á esta, suponiendo que sea joven y bonita, y ya verás. No te quedará tiempo para hacer nada. Razonablemente, no se puede amar á todas las mujeres. Apolo, el de Belvedere por lo menos, es un elegante tísico que tiene que cuidarse mucho para vivir.

—Pero cuando una criatura se atreve á dar este

paso, es porque debe tener la seguridad de eclipsar en ternura y en belleza á la querida más adorada—dijo Ernesto,—y entonces un poco de curiosidad...

—¡Ah! permite, joven Ernesto, que me atenga á la hermosa duquesa que constituye mi dicha.

—Tienes razón, demasiada razón—respondió Ernesto.

Sin embargo, el joven secretario leyó la carta de Modesta y la releyó, procurando adivinar las ocultas intenciones que encerraba.

—Á pesar de lo que dices, no veo aquí el menor énfasis, no habla de tu genio, y se limita á dirigirse á tu corazón—dijo á Canalis.—Este perfume de modestia y estas proposiciones que te hace, á mí me tentarían á...

—Respóndele tú mismo, firma la carta y lleva adelante la aventura, que te aseguro que trabajo tienes—exclamó Canalis sonriendo.—Adelante, y ya me darás noticias de ella dentro de tres meses, si es que los dura.

Cuatro días después, Modesta recibía la siguiente carta, escrita en magnífico papel timbrado con las armas de Canalis y protegida por un doble sobre:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

II

"ALFONSO REYES"

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

Año 1826 MONTERREY, MEXICO

«Señorita: La admiración por las obras hermosas, suponiendo que las mías lo sean, implica un no sé qué de santo y de cándido que defiende de toda mofa y justifica ante cualquier tribunal el paso que dió usted al escribirme. Ante todo, debo darle las gracias por el placer que causan siempre semejantes testimonios, aun cuando no se merezcan, pues el amor propio es substancia tan poco refractaria al elogio, que el versi-

ficador y el poeta se creen en su fuero interno dignos de él. La mejor prueba de amistad que puedo dar á una desconocida á cambio de ese dictamen que curaría las heridas de la crítica, ¿no es el hecho de participar con ella la cosecha de mi experiencia, aun á riesgo de ahuyentar sus animadas ilusiones?

»Señorita: la palma más hermosa de una joven es la flor de una vida santa, pura, irreprochable. ¿Está usted sola en el mundo? Entonces no hay nada que decir. Pero si tiene usted familia, padre ó madre, piense usted en los disgustos que puede ocasionar una carta como la de usted dirigida á un poeta á quien no conoce personalmente. No todos los escritores son ángeles, sino que tienen defectos: los hay atolondrados, ligeros, fatuos, ambiciosos, crapulosos, y, por imposible que sea la inocencia, por caballero que sea el poeta francés, en París podría usted encontrar más de un trovador degenerado, dispuesto á cultivar el cariño de usted para engañarla. Su carta recibiría entonces una interpretación distinta de la que yo le doy, y verían en ella pensamientos que usted no ha vertido y que, en medio de su inocencia, ni siquiera sospecha usted. Hay tantos autores como caracteres. Yo me siento excesivamente halagado y satisfecho con que usted me haya juzgado digno de comprenderla; pero si hubiera usted dado con algún talento hipócrita, con un burlón cuyos libros son melancólicos y cuya vida es un carnaval continuo, hubiera usted podido encontrar como final de su sublime imprudencia á un hombre malvado, á algún aficionado á las coristas ó algún héroe de taberna. Bajo la bóveda de clemátidas donde medita usted las poesías, no siente usted el olor á tabaco que despoetiza los manuscritos, del mismo modo que cuando va al baile adornada con las resplandecientes joyas del joyero no piensa en los nervudos brazos, en los obreros de blusa y en los innobles talleres donde brotan radiantes esas flores del trabajo. Vayamos más lejos... ¿En qué puede interesar á un

poeta, cuya misión es adivinarlo todo, puesto que tiene que describirlo todo, la vida soñadora y solitaria que hace usted sin duda á orillas del mar? Nuestras ninfas son tan perfectas, que ninguna hija de Eva puede luchar nunca con ellas. ¿Qué realidad equivalió nunca á un sueño? Ahora, ¿qué ganará usted, joven educada para llegar á ser una buena madre de familia, iniciándose en las agitaciones terribles de la vida de los poetas, en esta espantosa capital que no se puede definir más que con estas palabras: Un infierno que agrada? Si es el deseo de animar su monótona existencia de joven curiosa lo que le ha llevado á tomar la pluma, ¿no tiene esto la apariencia de una depravación? ¿Cómo debo interpretar su carta? ¿Pertenece usted á alguna casta deshonrada y busca un amigo lejos? ¿Se siente usted obligada á esto por su fealdad y posee un alma hermosa sin confidente? ¡Ay de mí triste conclusión: ó ha hecho usted demasiado ó no ha hecho bastante. Ó detengámonos aquí, ó, si prosigue usted, dígame algo más de lo que me dice en su carta. Pero, señorita, si es usted joven, si tiene familia, si siente en el corazón un amor celeste que comunicar, como hizo Magdalena á los pies de Jesús, déjese apreciar por un hombre digno de usted y sea lo que debe ser toda buena joven: una excelente mujer y una virtuosa madre de familia. Un poeta es la conquista más triste que puede hacer una joven, porque tiene demasiada vanidad y demasiadas espinas, que han de herir necesariamente la legítima vanidad de una mujer y maltratar una ternura sin experiencia de la vida. La mujer del poeta debe amarle durante mucho tiempo antes de casarse con él, debe resolverse á practicar la caridad y la indulgencia de los ángeles y las virtudes de la maternidad. Estas cualidades, señorita, no existen mas que en germen en las jóvenes.

»Escuche usted la verdad desnuda; ¿no se la debo en cambio de su arrebatador elogio? Si es glorioso casarse con un hombre célebre, no tarda en verse, en

cambio, que éste, como hombre, es semejante á los demás y que llena tanto menos nuestras esperanzas, cuanto que se esperan de él prodigios. Ocurre entonces con el poeta célebre como con la mujer cuya belleza demasiado alabada obliga á decir al que la ve:— Yo la creía más guapa,—porque no responde á las exigencias del retrato trazado por el hada á quien debo yo la carta de usted, ó sea, á la imaginación. En una palabra, las cualidades del espíritu no se desarrollan y no aparecen más que en una esfera invisible: la mujer del poeta no siente más que sus inconvenientes; ve fabricar las joyas en lugar de adornarse con ellas. Si el brillo de una posición excepcional la ha fascinado á usted, sepa que los placeres se devoran muy pronto y que después se encuentra uno contrariado al encontrar tantas asperezas en un lugar que de lejos parecía llano, y tanto frío en una cima brillante. Además, como las mujeres no ponen nunca los pies en el mundo de las dificultades, dejan de apreciar pronto lo que antes admiraban, una vez que creen haber adivinado á primera vista su manejo.

»Termino haciéndole una última consideración, en la que haría usted mal en ver un ruego velado, cuando es el consejo de un amigo. La comunicación de las almas sólo puede establecerse entre individuos dispuestos á no ocultarse nada. ¿Se mostrará usted tal cual es á un desconocido? Me detengo hasta ver la contestación que usted da á esta pregunta.

»Reciba usted, señorita, los homenajes que debemos á todas las mujeres, sin excluir á las que nos son desconocidas y se presentan disfrazadas.»

¡Haber tenido esta carta entre su seno y su corsé, bajo sus ardientes ballenas durante todo un día!... ¡haber reservado su lectura para la hora en que todo el mundo duerme, para las dos de la noche, después de haber esperado ese silencio solemne en medio de las ansiedades de una imaginación de fuego!... ¡haber

bendecido al poeta, haber leído de antemano mil cartas, haberlo supuesto todo excepto aquella gota de agua fría que caía sobre las más vaporosas formas de la fantasía y las disolvía como disuelve la vida el ácido prúsico!... era motivo suficiente para esconder la cara entre las sábanas, como lo hizo Modesta, sin embargo de estar sola, apagar la bujía y llorar...

Esto ocurría á principios de julio, y Modesta se levantó, se paseó por su cuarto y fué á abrir la ventana. Quería aire. El perfume de las flores llegó hasta ella con esa frescura propia de los olores durante la noche. El mar, iluminado por la luna, resplandecía como un espejo. Un ruiseñor cantó en un árbol del parque de Vilquín.

—¡Ah! he ahí al poeta—se dijo Modesta cuya cólera se extinguió.

Las más amargas reflexiones se sucedieron en el espíritu de Modesta, la cual se sintió herida en lo más vivo, quiso volver á leer la carta, encendió de nuevo la bujía, estudió aquella prosa estudiada, y acabó por oír la amistosa voz del mundo.

—Tiene razón y yo no—dijo la joven.—Pero ¿cómo creer que se ha de encontrar bajo la bata estrellada de los poetas á un anciano de Moliere.

Quando una mujer ó una joven se ve cogida en flagrante delito, siente un odio profundo contra el testigo, el autor ó el objeto de su falta. Así es que la franca, natural y salvaje Modesta sintió en su corazón un espantoso deseo de sobrepujar á aquel espíritu de rectitud, de precipitarlo en alguna contradicción y de devolverle el golpe de maza. Aquella niña tan pura, cuya cabeza había sido corrompida únicamente por las lecturas, por la larga agonía de su hermana y por las peligrosas meditaciones de la soledad, fué sorprendida por un rayo de sol que llegó á herir su rostro: había pasado tres horas vagando por los inmensos mares de la duda. Semejantes noches no se olvidan nunca. Modesta se encaminó directamente á su

mesita de la China, regalo de su padre, y escribió una carta dictada por el infernal espíritu de venganza que brilla en el fondo del corazón de la gente joven.

III

AL SEÑOR DE CANALIS

«Caballero: Indudablemente es usted un gran poeta; pero también es usted algo más, es usted un hombre honrado. Después de haber tenido tanta franqueza con una joven que marchaba á un abismo, ¿la tendrá usted también para responder con la menor hipocresía y sin rodeos á lo siguiente?

»¿Hubiera usted escrito la carta que obra en mi poder, sus ideas y su lenguaje hubieran sido los mismos, si alguien le hubiese dicho al oído: «La señorita O. Desta M. tiene seis millones y no quiere tener á un necio por esposo», cosa esta que pudiera muy bien ser cierta?

»Admita usted por un momento como cierta esta hipótesis. Sea usted conmigo como con usted mismo, no tema nada, que yo soy más vieja de lo que aparentan mis veinte años, y su franqueza no ha de hacerle perder nada en mi concepto. Cuando haya leído su respuesta, si es que usted se digna hacérmela, recibirá usted la mía á su primera carta.

»Después de haber admirado su talento, sublime casi siempre, permítame que preste homenaje á su delicadeza y á su probidad, que me obligan á decirme siempre,

»Su humilde servidora,

»O. DESTA M.»

Quando Ernesto La Briere tuvo esta carta entre sus manos, fué á pasearse por los bulevares, agitado en

su interior como una fragil embarcación por una tempestad, en que el viento recorre de cuando en cuando toda la escala de su fuerza. Para otro joven como hay muchos, para un verdadero parisiense, todo se hubiera acabado con esta frase: «Es una mujer corrida...». Pero para un muchacho cuya alma es noble y hermosa, aquella especie de juramento conferido, aquella llamada á la verdad, tuvo la virtud de despertar á los tres jueces cobijados en el fondo de todas las conciencias. El Honor, la Verdad y la Justicia, irgiéndose, gritaban enérgicamente:

—¡Ah! querido Ernesto—decía la Verdad.—seguramente que no hubieras dado una lección semejante á una rica heredera ¡Ay, amigo mío! te hubieras encajinado directamente al Havre, á fin de saber si la joven era hermosa, y te hubieras sentido desgraciado al ver la preferencia concedida al genio. Y si hubieses podido echar la zancadilla á tu amigo y sustituirle, la señorita Desta te hubiera parecido sublime.

—¡Cómo!—decía la Justicia—¿os quejáis vosotros, gentes de talento, de capacidad y sin dinero, al ver que las muchachas ricas se casan con hombres á quienes no juzgaríais dignos de ser vuestros porteros? ¿os subleváis contra lo positivo del siglo, que se apresura á unir el dinero con el dinero, y nunca á un joven hermoso, lleno de talento y sin fortuna, con alguna joven noble y rica? he aquí una que se subleva contra el espíritu del siglo, y el poeta le responde dándole un sofión.

—Rica ó pobre, joven ó vieja, hermosa ó fea, esta joven tiene razón, tiene talento y revuelca al poeta en el cenagal del interés personal; merece una respuesta sincera, noble y franca, y ante todo la expresión de tu pensamiento—exclamaba el Honor.—Exáminate, sondea tu corazón y púrgalo de cobardías. ¿Qué diría Alceste de Molière?

Y La Briere, partido del bulevar Poissonniere, caminaba tan lentamente, perdido en sus reflexiones,

que una hora después aun no había llegado al bulevar de los Capuchinos. Tomó por los muelles para irse al tribunal de cuentas, situado á la sazón junto á la Santa Capilla, y, en lugar de ponerse á trabajar, permaneció sumido en estas perplejidades.

Es evidente—se decía—que no tiene seis millones; pero la cuestión no es esta...

Seis días después, Modesta recibió la siguiente carta.

IV

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

«Señorita: usted no se llama Desta, y este nombre es un pseudónimo bajo el cual se oculta el suyo. ¿Debe uno hacer las revelaciones que usted solicita á una persona que miente su nombre? Escuche usted, contesto á su pregunta con otra: ¿Pertenece usted á una familia ilustre, á una familia noble ó á una familia modesta? Indudablemente la moral no cambia, porque es una; pero las obligaciones varían según las esferas. Así como el sol ilumina de diversa manera los paisajes, produciendo en ellos las diferencias que nosotros admiramos, la moral armoniza el deber social con el rango y las posiciones. El pecadillo del soldado es un crimen en el general, y viceversa. Las observancias no son iguales para una aldeana que siega, para una obrera que gana tres reales diarios, para la hija de un comerciante al por menor ó para la joven de modesta familia, que para la hija de una rica casa de comercio, para la heredera de una noble familia ó para la hija de la casa Desta. Un rey no debe agacharse para recoger una moneda de oro, y en cambio, el labrador debe desandar lo andado para encontrar una moneda de diez reales, á pesar de que uno y otro deben obede-

cer á las leyes de la economía. Una Desta que posee seis millones, puede ponerse un sombrero de grandes alas y plumas, blandir el látigo, oprimir los flancos de un alazán y venir amazona seguida de lacayos á decirle á un poeta: «Me gusta la poesía y quiero expiar las ingratitudes de Leonora con Tasso; mientras que la hija de un negociante caería en el mayor ridículo imitándole. ¿Á qué clase social pertenece usted? Respóndame sinceramente, y yo le responderé también á la pregunta que me ha hecho.

»No teniendo la dicha de conocerla, pero estando unido á usted por una especie de comunión poética, no quisiera hacerle obsequios vulgares. El hecho de haber puesto en un apuro á un hombre que publica sus libros, implica sin duda que ha salido usted victoriosa con su malicia.»

El refrendario no carecía de esa astucia que puede permitirse un hombre de honor. Á correo seguido recibió esta respuesta.

V

AL SEÑOR DE CANALIS
Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"

«Mi querido poeta: Cada vez se muestra usted más razonable. Mi padre es conde. Nuestra nobleza proviene de un cardenal del tiempo en que los cardenales marchaban casi á la par de los reyes. Hoy nuestra casa, casi caída, acaba en mí; pero poseo los cuarteles exigidos para entrar en todas las cortes. En una palabra, que somos tanto como los Canalís. Dispénseme que no le envíe el diseño de nuestras armas. Procure responderme tan sinceramente como yo lo hago. Espero su respuesta, para saber si podré decirme como hasta aquí,

»Su servidora,
 »O. DESTA M.»

—¡Cómo abusa de sus ventajas la picarueta!—exclamó La Briere.—Pero ¿será franca?

No se ha sido cuatro años secretario particular de un ministro, no se habita en París y no se observan las intrigas impunemente; así es que el alma más pura está siempre más ó menos embriagada por la espirituosa atmósfera de esta imperial ciudad. Feliz con aquella sustitución de Canalis, el joven refrendario tomó un asiento en la posta del Havre, después de haber escrito una carta en que anunciaba una respuesta para un día determinado, disculpándose con la importancia de la confesión exigida y con las ocupaciones de su cargo. Ernesto tuvo el cuidado de proveerse de una carta de recomendación para el director general de correos del Havre, pudiendo así ver á Francisca Cochet y seguirla sin afectación. Guiado por ésta, La Briere llegó á las alturas de Ingouville y vió en la ventana del Chalet á Modesta Miñón, que preguntó á la Cochet:

—¿Hay algo, Francisca?

Á lo que la obrera respondió:

—Sí, señorita, traigo una.

Sorprendido por la belleza de aquella rubia celestial, Ernesto desanduvo lo andado y preguntó á un transeunte el nombre del propietario de aquella magnífica residencia.

—¿Aquella?—respondió el transeunte señalando la propiedad.

—Sí, amigo.

—¡Ahl es de Vilquín, el armador más rico del Havre, un hombre que no sabe lo que tiene.

—Pues no conozco al cardenal Vilquín en la historia—se decía el refrendario al mismo tiempo que descendía hacia el Havre para volverse á París.

Como es natural, preguntó al jefe de correos por la familia Vilquín, y supo que esta poseía una inmensa fortuna; que el señor Vilquín tenía un hijo y dos hijas, una de las cuales estaba casada con el señor Al-

thor hijo. La prudencia impidió á La Briere continuar con sus preguntas, pues el jefe de correos le miraba ya con aire socarrón.

—¿No hay nadie en este momento en casa de los Vilquín, además de su familia?—le preguntó aún.

—En este momento está allí la familia de Herouville, y se habla del casamiento del joven duque con la señorita Vilquín.

—Bajo los Valois, vivió el famoso cardenal de Herouville—se dijo La Briere,—y bajo Enrique IV, el terrible mariscal que fué nombrado duque.

Ernesto volvió á marchar, y habiendo visto á Modesta lo bastante para soñar con ella y para pensar que, rica ó pobre, si estaba dotada de un alma hermosa, la haría con gusto señora de La Briere, resolvió continuar la correspondencia.

¡Intentad, pues, permanecer desconocidas, pobres mujeres de Francia, y tramad la más insignificante aventura en medio de una civilización que anota en las plazas públicas la hora de la salida y de la llegada de los fiacres, que cuenta las cartas, que las sella doblemente en el momento preciso de ser arrojadas á los buzones y cuando se distribuyen, que numera las casas, que configura los pisos en la hoja matriz de las contribuciones, después de haber anotado sus puertas y ventanas exteriores; que va á poseer muy pronto todo su territorio representado en sus últimas partículas y con los más insignificantes detalles en las vastas hojas del catastro, obra de gigante ordenada por un gigante! ¡Intentad, pues, sustraeros, doncellas imprudentes, no ya á las miradas de la policía, sino á esa charla incesante que, en la última aldehueta, escudriña las acciones más indiferentes, cuenta los platos de postre de la casa del prefecto y ve las cáscaras de melón á la puerta del pequeño rentista; que procura oír el oro en el momento en que la mano de la economía lo añade al tesoro, y que, todas las noches, en el rincón del fuego, estima la cifra de las fortunas

de la comarca, de la villa ó del departamento! Por un vulgar *quid pro quo*, Modesta se había librado del inocente espionaje que Ernesto se reprochaba ya. Pero ¿qué parisiense quiere ser burlado por una pobre provinciana? No ser la burla de nadie, esta espantosa máxima es el disolvente de todos los sentimientos nobles del hombre.

Por la carta que escribió, donde cada herida recibida en la conciencia dejó su huella, podrá adivinarse fácilmente la lucha de sentimientos de que fué presa este honrado joven.

Algunos días después, y durante un hermoso día de verano, he aquí, pues, lo que leyó Modesta asomada á su ventana.

VI

Á LA SEÑORITA O. DESTA M.

«Señorita: Sí, hablando con franqueza, le diré que si hubiese estado seguro de que usted tenía una fortuna hubiera obrado de distinto modo que lo hice. ¿Por qué? He buscado la razón, y es la siguiente: Existe en nosotros un sentimiento innato, desarrollado además con exceso por la sociedad, que nos inclina á buscar y á poseer la dicha. La mayor parte de los hombres confunden la dicha con los medios, y la fortuna es á sus ojos el principal elemento para la dicha. Hubiera procurado, pues, halagar á usted, arrastrado por el sentimiento social que en todo tiempo ha hecho de la riqueza una religión. Al menos así creo yo que hubiera obrado. No hay que esperar en un hombre, joven aún, ese juicio que sustituye al buen sentido en las sensaciones; y, ante una presa, el instinto bestial escondido en el corazón del hombre le empuja hacia adelante. En lugar de una lección, hubiese usted re-

cibido, pues, de mí cumplidos y adulaciones. ¿No me encontraría rebajado á mis propios ojos? Me lo temo. Señorita, en este caso, el éxito le absuelve á uno de todo, pero no le da la dicha. ¿Hubiera yo desconfiado de mi mujer si la hubiese obtenido de este modo?... Seguramente que sí. El paso de usted hubiera sido juzgado tarde ó temprano con justicia. Su marido, por grande que usted lo crea, hubiera acabado por reprocharle á usted el acto de haberle envilecido, y usted misma, tarde ó temprano, llegaría acaso á despreciarle. El hombre ordinario rompe el nudo gordiano que constituye un matrimonio por interés con la espada de la tiranía. El hombre fuerte perdona. El poeta se lamenta. Tal es, señorita, la respuesta que me dicta mi probidad.

»Ahora escúcheme bien. Ha obtenido usted el triunfo de hacerme reflexionar profundamente sobre usted, á quien no conozco, y sobre mí, á quien conocía muy poco. Usted ha tenido el talento de remover muchos pensamientos malos que se estancan en el fondo de todos los corazones, pero ha salido de mí algo generoso, y saludo á usted con mis más santas bendiciones, como se saluda en el mar al faro que nos hace ver los escollos donde podía uno perecer. He aquí, pues, mi confesión; que á costa de todos los tesoros de la tierra no quisiera perder la estimación de usted ni la mía propia.

»He querido saber quién era usted y vengo del Havre, donde vi á Francisca Cochet, la seguí á Ingouville y la ví á usted en su magnífica quinta. Es usted tan hermosa como la mujer de los sueños de un poeta; pero no sé si es usted la señorita Vilquín escondida tras el nombre de la señorita de Herouville, ó la señorita de Herouville escondida tras la señorita Vilquín. Aunque es de buena lid, este espionaje me ha hecho enrojecer y me he detenido en mis investigaciones. Había usted despertado mi curiosidad, y no quisiera tomase á mal que haya sido un tanto mujer: ¿no tiene